

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

LISBOA

Cuántas veces vengo aquí, otras tantas me llevo la impresión de que nada efectivo y real nos separa a españoles y portugueses; de que somos un pueblo mismo, una misma raza — es decir, que de razas en otro tiempo pobladoras del suelo ibérico, descendiendo igualmente los extremeños y los portugueses de *alem Tejo*, los gallegos y los portugueses riberanos del Miño. — Por qué razones se separó Portugal de España y quiso ser independiente, mientras Aragón ó Galicia se adherían más y más á la nacionalidad española, es cuestión que á primera vista no se resuelve de un modo satisfactorio; hay que leer despacio la historia, y todavía después de leerla, atribuir gran papel en este fenómeno á la acción de sucesos ignorados, á pequeñas intrigas y á la ambición personal, que fomentó aspiraciones populares y ahondó abismos entre el viejo *Portucale* y las demás regiones de la Península, al fin asociadas bajo el nombre genérico de *España*.

Y fueron España y Portugal, al separarse, como hermanos gemelos y enemigos que todo lo pueden conseguir por medio de un ímpetu fratricida, excepto borrar la semejanza extraordinaria que les denuncia en las venas la misma sangre. El sabio y malogrado escritor portugués Oliveira Martins demostró en su importante libro *Historia de la civilización ibérica*, que España y Portugal, separados, han corrido igual suerte, como si continuasen juntos, porque si es fácil realizar la división política y geográfica, es inasequible infundir alma distinta en pueblos que la tienen idéntica, y cuyos elementos tradicionales en nada difieren. A un tiempo y por conceptos análogos desempeñaron Portugal y España brillante papel en el mundo; á un tiempo decayeron y murieron también... *Morir* es el verbo que Oliveira Martins emplea, y nadie ha de protestar ya por creerlo demasiado riguroso.

Una ventaja nos lleva Portugal: y es que se resiste algo más que nosotros á dejarse deponer yerto y helado en el sepulcro. Portugal desea revivir. Se da cuenta de su atraso, de sus deficiencias, de los peligros que el porvenir le guarda, y ansía ser nación europea, fuerte en su línea, con cultura á la moderna, cosa que nosotros jamás hemos ansiado, y que hasta hemos repugnado, en nombre de un falso y funesto casticismo. En Portugal se vive, por decirlo así, más cerca de Europa. Evidente síntoma de esta vida europea, es el conocimiento y fácil manejo de varios idiomas, en España privativo de la *high life* y en Portugal extensivo á la clase media más ó menos ilustrada y no extraño hasta en el pueblo. En cuanto á los españoles, no hablan sino su lengua: son como aquel cura que sólo sabía leer en su misal. Conozco literatos insignes que se jactan de ello, cual si la ignorancia pudiese ser mérito nunca. No haber leído autores franceses es diploma que algunos reclaman, y que no les exime de cometer galicismos, ni de escribir un castellano duro y pobre. Pero se alaban de su estólida virginidad, y hay quien se la

cuenta por gloria. Preciáanse de legos, y contribuyen á que su patria lo sea, y se aduerma, indolente odalisca, recogidos los brazos tras de la nuca, cerrados los negros ojos, dejando correr el tiempo, que no vuelve.

Los portugueses aprenden el francés desde niños. El español lo saben, lo hablan si llega ocasión, pero le hacen poco caso. Comprenden que de España no han de venirles destellos de luz. Nos devuelven y pagan la amodorrada indiferencia con que miramos aquí la literatura y el arte lusitano. Digo *miramos*, pero á cada uno lo suyo: por mi parte, siempre he seguido con interés el movimiento literario de esta España chica que llaman Portugal. Estoy familiarizada con los libros de los mejores escritores actuales, por lo cual debo de haberme ganado nota de fantástica y antojadiza. A Madrid, en efecto, van compañías dramáticas italianas y compañías francesas, y el público llena el teatro; pero en actores portugueses no se piensa. ¿Quién diablos ha de abonarse para oír declamar en gallego?

A su vez, los portugueses se han plantado en las traducciones de Pérez Escrich. Los escaparates de las numerosas y bien surtidas librerías lisboenses, atestados de obras inglesas y francesas, italianas y alemanas, apenas muestran, vergonzante y corrido, algún título español. Se diría que nos separan de Portugal miles de leguas. Y es que nos separa algo que aísala más que la distancia: la frialdad, el desvío, el convencimiento de que, tal cual estamos, no sacaríamos nada en limpio con tratarnos íntimamente. Somos como esas familias que viven pared por medio y al encontrarse en la calle ni cruzan saludo. Al Congreso de la Prensa, ahora celebrado en Lisboa, concurrió un solo representante español: en esto estamos á la altura de la República del Transvaal, también representada unipersonalmente en dicho Congreso.

No ocultemos nuestras flaquezas de literatos. Sentí profunda pena al ver que tantos portugueses conocen mi nombre..., por mis trabajos de colaboración en la *Revue des revues*, trabajos que á veces, por comodidad, redacto en francés. En cambio experimenté alegría pueril, rejuvenecedora, al encontrar en Portugal alguien que lee estas sencillas crónicas mías de LA ILUSTRACIÓN, como el árabe lee el *Korán*... Descontemos la hipérbole inspirada por la cortesía, y aún quedará bastante para servirnos de consuelo. — Y el que no se consuela es porque no quiere. — ¡Sería tan triste creerse desconocido en un país que miramos con predilección!

* *

Ya han corrido años desde que por primera vez hojeé el poema de Camões á bordo de un barquichuelo que seguía la corriente, entonces apacible, del Tajo. Todos mis viajes á Portugal me hacen evocar un cuadro de marina, un maravilloso fondo azul ó verde glauco, la extensión de la espléndida bahía. Ya es la salida del *Ville du Havre*, á la hora en que el sol descendiendo tiñendo el oleaje de púrpura; ya la torre de Belén, primoroso relicario de piedra, joyel gótico digno de conservarse en una vitrina — destacándose sobre un mar nacarado, de ópalo, á la luz de la aurora; — ya, en la encendida noche de Cascaes, un agua del tono del estaño en fusión, que por momentos, con mágica viveza, el violeta y el anaranjado de los árboles de fuego inflamaban convirtiéndolo en lago de cuentos de hadas, de libros de caballerías y encantos. Siempre asocio á Lisboa, en mi imaginación, con alguno de esos espectáculos incomparables en que colaboran la naturaleza y el hombre. Una bahía como la de Lisboa, una desembocadura como la del Tajo, hacen ellas solas la gran capital, y el polvoriento Madrid, acurrucado en sus estepas á guisa de mendigo castellano envuelto en pardos harapos, jamás se prestará á fiestas y solemnidades.

Además, este clima es un clima edénico. Los días se bañan en oro, en tallado turquí se rebozan las noches; la luna, en la placidez de un ambiente elástico y tibio, tiene una claridad argentina, misteriosa y pura; las plantas tropicales, las pimenteras de Cayena, las majestuosas araucarias, las cañas y los bambúes, vegetan al aire libre; estamos en octubre, y las mujeres van vestidas de batista y gasa; el cuerpo pide refrescos de hielo, deliciosas *carapinhadas de tangerina*, y la piedra de los monumentos góticos, lo torre de Belén, la sorprendente iglesia de los Jerónimos, adquieren al sol cálidas tintas doradas, que recuerdan la tez de los pueblos de la India descubiertos en las audaces empresas de los navegantes del siglo xv. Lisboa es siempre la seductora morena, á pesar de sus tentativas de ataviarse á estilo británico y del sorprendente cambio de sus costumbres.

Estas, en un cuarto de siglo, han sufrido notable

y ventajosa transformación. Naturalmente, al transformarse las costumbres, es que evoluciona la mujer. Hará veintitantos años, aún vivía oculta y enclaustrada la portuguesa. La importancia de la ventana ó *janella*, en estos países de tradición semítica, se explica porque la *janella* es el único respiradero de la mujer, el marco de su pálido rostro de reclusa. Así es que en las *janellas* echaron el resto los arquitectos de la época marmolina, é hicieron de ellas camarines, altares, hornacinas de un *rococó* voluptuoso y naturalista á la vez. Hoy la portuguesa ha roto la valla de la *janella* y vive en la *rúa*; los celos africanos del varón ya no la tienen en perpetuo encierro; sale sola ó acompañada, toma la *sege*, el tranvía ó el camino de hierro, visita, regatea, compra. Antaño, sólo se echaban á la calle las viejas, las desechadas, las dueñas haldudas y barbudas que iban á rezongar en las iglesias ó á cumplir los menesteres domésticos, cabás al brazo y sombrilla en puño. Hoy se encuentran en las aceras más mujeres que hombres.

¡Curiosa observación! La libertad ha hermoseado á la portuguesa, que (no sé cómo decirlo, pues no parece amable) gozaba, en este particular, de una triste reputación, en términos que el donoso y humorístico escritor Ramalho Ortigao dedicó un meditado estudio á investigar las causas de la inferioridad del tipo femenino en Lisboa, y creyó descubrirlas en la escasez de agua y en la contemplación de las antietéticas estatuas de los reyes. En el día, la portuguesa es, por término medio, lo mismo que la española: si no una belleza escultural, por lo menos una mujer agradable y atractiva.

Para atraer la mirada de un artista, las pescadoras, las aldeanas. Ninguna pasó á mi lado sin obligarme á seguirla con los ojos. Derechas como troncos de pinos marítimos; descalzo el airoso pie, ó calzado con la curva chinela veneciana y oriental; arrolladas las azules sayas y ceñidas en torno á la cadera con la faja obscura, que da á la vestimenta el plegado de un helénico ropaje; gallardamente tocada la cabeza con el bonito sombrero de terciopelo negro, bajo el cual flota el pañuelo y se destacan los enormes aretes de filigrana de oro, estas sardineras, estas ribereñas, son todavía de lo poco pintoresco que queda en el mundo.

En lo que no ha variado Portugal, en lo que no cambian ni Lisboa ni Oporto, es en la afición á las joyas. Se pierde la cuenta de las platerías y tiendas de joyero que se extienden á lo largo de las calles del *Ouro* y de las *Flores*. Medallas, brincos y patenas de dimensiones inverosímiles, descomunales corazonas y encomiendas de filigrana, dijes raros, sortijones de médico antiguo, de los que se lucían al tomar el pulso, arracadas que son un pináculo de iglesia, cables áureos del templo de Egea Moniz, ¿quién se pondrá todo esto? ¿Las campesinas solamente? ¿Será cierto que llevan su dote al cuello, en los dedos y en las orejas?

Al ver tanto oro, tanta plata, tanto amarillento brillante del Brasil, de nuevo me parece Lisboa una ciudad exótica, parienta cercana de Benarés ó de Nijni Novogorod — un país donde no existen los Bancos, ni se ha introducido el lujo á la moderna, lujo tranquilo, refinado, sólido, — lujo con pantalla y pedal.

EMILIA PARDO BAZÁN